



## DON EMILIO Y DON SEBASTIAN

*Héctor Pérez Reyes*

Los pueblos se integran, adquieren identidad cultural, se proyectan y crecen por la calidad humana de sus prohombres. Por eso creo en la fuerza creadora de la individualidad. No creo en la masa. Y entiendo negativa toda masificación pues con ese rasero sólo se llega a la desvertebración del orden social, de las jeraquías de valores y conjunciones colectivos en los cuales se fundamenta la estructura de la nación.

Emilio Rodríguez Demorizi y Sebastián Mera han fallecido. Ambos son representativos de dos generaciones cuyo trabajo aportó al país sustancias muy valiosas para soportar y superar dictaduras, ocupaciones extranjeras, claudicaciones y frustraciones. Ambos fueron creadores y contribuyeron al proceso de organización nacional que hoy se muestra en marcha, no obstante la masificación y la desnacionalización que conturba la República.

Don Emilio alcanzó a ser una de las cúspides de la historiografía dominicana. Don Sebastián, en el ámbito casi silencioso de su acción empresarial, cumplió deberes no menos fundamentales para el bien del país. Por eso sentí hacia ellos una gran admiración, y la mejor manera de rendirles un homenaje a la hora de su muerte, es recordando episodios demostrativos de sus impulsos creadores.

El nombre de Rodríguez Demorizi era para mí una leyenda con

olor a libros reveladores y a documentos rescatados. Una tarde Peña Batlle me invitó a que le acompañara: vamos a casa de Emilio para revisar unos datos. Llegamos y la leyenda se confirmó. Parecía como si un sueño se concretara en la camaradería de una conversación sin desperdicios alrededor del aroma de una taza de café. Tus datos y conclusiones son exactos, Chilo. El cura (Fray Cipriano de Utrera) no podrá objetarlos válidamente. Yo le quiero mucho y su trabajo por el país es admirable, pero estoy convencido de que quiso destruir a Enriquillo por el repudio que siente por el Padre Las Casas. Peña Batlle se extendió en consideraciones acerca de la gesta del Bahoruco y de cómo inserta a Dominicana en la historia del indigenismo latinoamericano ese episodio memorable. Don Emilio le escuchó atento y dijo: Es así Chilo. Insultar al Cacique es desmedrar un símbolo de nuestra formación nacional, porque lo verdaderamente importante para el hombre dominicano es que Enriquillo obligó al rey más poderoso de la tierra a pactar con un humilde insurrecto en las serranías donde se escucharon los primeros vagidos de nuestra identidad. Escribe tu libro y refútalo con fuerza jurídica, que los hechos históricos que sustentan tu tesis son incontrovertibles. El país necesita exaltar el pacto Barrionuevo-Enriquillo.

La tarde terminó. Se despidieron como hermanos, identificados. Ese día comprendí la dimensión de la obra que continuó realizando hasta morir, Emilio Rodríguez Demorizi.

A don Sebastián lo conocí intensamente durante el largo y fructífero viaje por casi la mitad del territorio de los Estados Unidos de Norteamérica, junto a un nutrido grupo de madereros dominicanos y de técnicos estadounidenses, para visitar bosques, estudiar los métodos de protección y cultivo de la floresta, así como todo cuanto puede hacerse para aprovechar al máximo este recurso natural renovable.

La caballerosidad, la ponderación, la serenidad y la sensatez de Sebastián marcó el paso de la gira. Varias veces me dijo: Esto hay que aprovecharlo a fondo. Los norteamericanos han explotado sus grandes riquezas forestales y aún mantienen reservas que son inextinguibles. Ellos cultivan los bosques, los ensanchan y los aprovechan. Tomaba fotos, reunía material informativo y sonreía siempre desgajando cordialidad y prudencia. Un día, casi en el centro de las montañas de Georgia, le pregunté: Sebastián, ¿por qué no podemos nosotros cuidar y aprovechar los bosques que nos quedan al igual como lo hacen los norteamericanos? Me miró como si yo estuviese lejos, y contemplando las vertientes llenas de pinos verde oscuro brillante y gruesos, me dijo: es que Trujillo nos



amarró y todos queremos hacer lo que él hizo, sin damos cuenta que en el fondo de su arbitrariedad existía un propósito de preservación que sólo asumiremos cuando no haya nada que cortar. Además, ffjate que aquí, detrás del aserradero, no avanza el conuco. Es un problema de subsistencia y de conciencia. Ese día descubrí que no era él un simple maderero, sino un dominicano consciente, capaz de contribuir, como lo hizo sin dejar de defender sus particulares intereses, al bien común de la nación.

Y para suerte de la República y de sus futuras generaciones, aquí hay muchos dominicanos de la misma estirpe de don Emilio y don Sebastián. Por eso no pereceremos, pese a la masificación y al populismo que nos amenazan.

HOY, Sobre la marcha, 14 de julio de 1986

